

SENTIMIENTO RELIGIOSO Y PERVERSION DE LA RELIGIOSIDAD

Irracionalidad de ciertos estudios sobre la Religiosidad

En su interpretación del psicoanálisis C. G. Jung ha concedido al sentimiento religioso un puesto que, sin duda, ha estimulado a los psicólogos a que abandonen su equivocado agnosticismo en relación con la sistematización y concepción de la vida sea filosófica sea religiosa, para darse cuenta de que la persona humana no puede en forma alguna sustraerse a la influencia del más grave y poderoso de todos los problemas: la pregunta sobre el sentido de la propia existencia y sobre la seguridad del propio destino. Por el contrario, el hombre se siente fuertemente empujado a buscar una solución personal, o aceptar la solución flotante en la mentalidad ambiente, incluso sin labor ninguna crítica.

Desde su fundación ha reconocido nuestra escuela al sentimiento religioso el puesto fundamental que él ocupa en la esencia misma del psiquismo humano.

Nada extraño que, sea por la importancia fundamental del problema, sea por la urgencia con que se presenta, individuos más o menos mentalmente débiles, con un sistema nervioso desequilibrado, puedan incurrir en desnaturalizaciones, falsificaciones, degeneraciones del sentimiento religioso y en contaminaciones de tipo morboso e incluso sexual. Evidentemente, es ilegítimo y absurdo tomar estos fenómenos anormales como pretexto para acusar de invalidez objetiva al sentimiento religioso en sí mismo. Nadie ha soñado con acusar de invalidez a las funciones sexuales por el hecho de que existen perversiones sexuales. A nadie se le ocurre condenar la literatura por el hecho de que existan grafómanos. No se ve, pues, por qué el sentimiento religioso ha de ser tratado de manera distinta.

* Comentamos un artículo de Leonardo ANCONA: «*Interpretazione clinica del comportamento religioso*», aparecido en «Archivio di psicologia, neurologia e psichiatria». 22 (1961) 7-28.

Por otra parte, es desagradable constatar que este nobilísimo sentimiento sea estudiado sólo en sujetos en que se encuentra desnaturalizado, adulterado, contaminado con enfermedades mentales, nerviosas o degeneraciones semipatológicas.

C. G. Jung, aún partiendo de observaciones realizadas sobre sujetos tratados psicoanalíticamente y, por consiguiente, en principio, enfermos, con todo llega a conclusiones bastante adherentes a la realidad; aunque todavía complicadas con posiciones mentales escépticas y que no corresponden al verdadero valor del fenómeno religioso. El mérito de Jung es, sin embargo, relevante, si se considera el extremo en que ha caído James H. Leuba que, en su obra *La psicología del misticismo religioso*, reduce todas las manifestaciones de la religiosidad a fenómenos morbosos.

En el trabajo que examinamos debemos resaltar, ante todo, que el autor, a pesar de ser director del Instituto de Psicología de la Universidad del Sacro Cuore de Milán, tampoco él estudia las manifestaciones religiosas en sujetos sanos, como se podía esperar—dada la excelencia del objeto— de una institución creada y sostenida por católicos para la conciliación de la ciencia con la creencia religiosa, sino que lo analiza en sujetos en los cuales el sentimiento religioso mismo está afectado por degeneraciones y morbosidad.

Cierto que él llega a la conclusión de que la dimensión religiosa es del todo independiente de la dimensión libidinosa. Pero, para llegar a esta conclusión no es acertado recurrir al estudio del fenómeno en sujetos afectados de degeneraciones y morbosidades. Por el contrario, si el estudio se realiza en personas con sentimiento religioso sano, maduro y bien desarrollado, la conclusión se obtiene con más facilidad y nitidez; ya que tales sujetos ofrecen en sí mismos la prueba patente e indiscutible de la independencia de las dos mencionadas dimensiones.

Si él y su colaborador en un precedente trabajo hubiesen realizado el estudio sobre individuos de religiosidad sana, madura y desarrollada, se habrían visto descargados de la fatiga superflua de proponer como hipótesis de trabajo, como hace en la publicación indicada, el que la dimensión religiosa es del todo independiente de la dimensión de la libido. Porque la investigación realizada sobre individuos sanos, en el sentido indicado, habría dado con facilidad la certeza de la verdad de tal teoría.

1. N. MAILLOUX-L. ANCONA, *Uno studio degli atteggiamenti religiosi e un nuovo punto de vista nella psicopatologia*, en «Contributi del laboratorio di Psicologia», Serie XXI. Vita e Pensiero, Milano, 1958, pp. 102-111.

Los casos estudiados y su inconfundible carácter de perversión.

Debemos subrayar que ya el título mismo del artículo «Interpretación clínica del comportamiento religioso», está viciado de un error de lógica. Si el autor considera el sentimiento religioso como objeto de examen clínico, ya viene a considerarlo como una enfermedad psicológica y en tal caso —y si se quiere ser coherente— ha de encontrarse fuera de lugar en una Universidad fundada y sostenida por el sentimiento religioso, es decir, por personas que, según el título del artículo, estarían afectadas de una enfermedad mental.

Evidentemente, el título contiene un lapsus. Tal vez será más exacto decir que hay aquí una confusión de conceptos, confusión que afecta al objeto mismo que es examinado. De hecho, leyendo el artículo, se encuentra la narración de algunos casos comportamentales. Pero, se ve claramente que el de los sujetos examinados no es un comportamiento religioso, sino una perversión de la religiosidad.

El cuadro comportamental de estos sujetos tiene que ver con el auténtico comportamiento religioso tanto como la leche maleada con la leche normal; como la convivencia de mujeres lésbicas o de pederastas tiene que ver con el matrimonio. El vendedor sabe que la leche maleada no es la leche que pide el cliente. Un psicólogo se da cuenta fácilmente de que el comportamiento de los perversos religiosos no puede equivaler al de las personas de religiosidad normal.

Aducimos aquí algunos de los casos referidos y estudiados por Ancona, a fin de que el lector se dé cuenta de lo absurdo que resulta clasificarlos en el cuadro del comportamiento religioso.

«Un paciente laico, pero consagrado a Dios, se había encontrado con una mujer joven en situación psicológica similar a la de él. Así le fue posible lograr un trato de intimidad física llevada hasta la unión sexual. Para alejar la idea de que estos fuesen actos realmente sexuales, le bastaba al sujeto el hecho de que nunca se llegaba al orgasmo completo. Al preguntarle si, de todas maneras, estas acciones no eran un flagrante quebrantamiento del voto de castidad, declaró dicho sujeto que más bien se trataba de una manifestación de elevado afecto hacia su comparte y que esto caía dentro del espíritu evangélico del amor mutuo y que, por consiguiente, acercaba a Dios».

Otro caso: «Un paciente... manifestó su convicción de que, para ser plenamente acepto a Dios, debía conservarse sin pecado, es decir, «sano». Preguntado qué quería decir eso de «sano», respondió: «sin mutilación de ninguna parte». El mismo, médico y de buena prác-

tica religiosa, tenía un gran deseo de llegar a ser médico de confianza de un convento de monjas, para poder visitar a las religiosas. Había hecho también un cursillo de especialización en ginecología, para poder ejercitarla eventualmente en el convento, convencido de que sus manos eran más puras que las de cualquier otro colega».

Tercer caso: «Una paciente... había asociado en sueños y en sus palabras la adoración del SS. Sacramento y la recepción de la Sda. Hostia a determinadas funciones fisiológicas. Anteriormente la Comunión había sido asociada a la función de lactación. La misma paciente, un día que había recorrido el Via Crucis, oyó de un compañero de trabajo encontrado poco después que, «si no la hubiese conocido personalmente, habría jurado que acababa de salir de una casa de prostitución».

Apenas puede ser más flagrante la confusión conceptual entre el comportamiento religioso auténtico y la perversión de este mismo sentimiento. Causa asombro el que esta confusión se manifieste en el ambiente de una Universidad Católica y en la persona del director de su Instituto de Psicología. Con ello el Sr. Director llegaría a la paradójica consecuencia de tener que clasificar al lado de pervertidos de este calibre, a cantidad de personas dignísimas y religiosísimas. Entre ellas a muchos de sus colegas, a muchísimos estudiantes de su Universidad y, además, a todas las personas más eminentes y dignas de respeto del mundo religioso. Como consecuencia, esto llevaría también consigo la sospecha de que los personajes más eminentes de la religiosidad o son pervertidos o hipócritas que se aprovechan, con increíble villanía, de las perversiones de los otros.

Esto no responde a la realidad. Y estamos bien seguros de que tampoco responde —ni aún de lejos— al pensamiento del profesor de Psicología de la Universidad Católica. No cabe sino interpretarlo como un grave *lapsus*; al cual no pretendemos, desde luego, dar el sentido que la palabra tiene en sistema de Freud. Resulta, por tanto, claro que el título debería corregirse en esta forma: «*Interpretación clínica de las perversiones de la religiosidad*».

Causas endógenas y exógenas del sentimiento religioso.

Que nosotros sepamos el P. Gemelli no ha estudiado, desde el punto de vista psicológico, ni el comportamiento religioso sano ni sus deformaciones.

El rehuía en absoluto todo lo que no fuese realización registrable, en completa ausencia de influencias de concepciones de vida en sentido filosófico y religioso. Esto le obstruyó el acceso a este

género de estudios. Nuestra afirmación la confirma indirectamente la misma bibliografía presentada por Ancona al pie del artículo. No se cita en ella ningún estudio del Padre sobre el tema.

Este prejuicio es gravemente dañoso. La toma de posesión conceptual y emotiva en orden al propio ser, al origen de sí mismo y a su destino propio es exigida con tenacidad (según lo confirma también Jung) por razones de seguridad personal asequible sólo mediante la fe y la esperanza en una vida más allá de la material. Por eso, la situación personal en relación a tal exigencia incide seriamente sobre la salud psíquica y sobre la personalidad. Prescindir del estudio del sentimiento religioso es prescindir de una realidad muy seria. Es querer estudiar al hombre ignorando este aspecto de su ser. Con ello se deforma la realidad y se alimenta la vana ilusión de querer estudiar al hombre real imaginándolo irrealmente.

En nuestro Instituto, estudiando individuos en casi su totalidad sanos, aunque no dotados de madurez religiosa, hemos podido fácilmente comprobar lo que, por lo demás, es una verdad manifiesta desde hace milenios; que el sentimiento religioso tiene su fundamento y brota directamente de la ley psicológica fundamental, en virtud de la cual todo psiquismo, una vez nacido, rehuye con fuerza su propio acabamiento. Y así como el dolor físico manifiesta que la persona ha sido herida por hechos de los cuales debería estar libre, la angustia inherente a la conciencia del propio acabamiento revela que el acabamiento es un acontecimiento del que el yo tiene derecho a verse libre.

La realización de esta ley fundamental viene exigida desde fuera por el hecho de que el psiquismo humano se siente colocado en un espacio sin confines, infinito, y en una sucesión interminable de momentos. Esto obliga al psiquismo a asumir el aspecto de una exigencia, un deseo anhelante de existencia sin límite en el tiempo, para poder recorrer todo el espacio hasta el infinito.

Sobre la base de esta situación fundamental, intervienen luego los factores ambientales inmediatos, que dan al psiquismo la sensación invencible de encontrarse en poder de una fuerza que —si bien llega a él física y psicológicamente a través de articulaciones variadísimas— sin embargo, se sintetiza, con toda claridad, en un único poder que domina la totalidad del tiempo y del espacio. Pero la experiencia externa lo contiene frente a la propia muerte física y a la dificultad de interpretar y gozar del ambiente. Como resultado de esta situación, para satisfacer la ley fundamental indicada, el psiquismo humano se siente constreñido a tornarse al poder dominador de todo el tiempo y de todo el espacio, para impetrar el

bienestar, la luz y la vida perdurable más allá de la muerte física.

A pesar de la fuerza de este impulso, todavía éste no es tan rígido que llegue a encadenar la libertad del hombre. Así puede el hombre resolver su interrogante fundamental en la gran variedad de formas que la constante experiencia de la vida y la convivencia presenta a nuestra consideración. Lo cual es, de paso, una constatación de la libertad humana.

La solución al problema fundamental tiene un contenido afectivo que en la religiosidad sana se libera, con relativa facilidad, del antropomorfismo, distinguiendo la humanidad de la divinidad. Distinción que, para los cristianos, viene facilitada por la consideración de la realidad integral de Jesús.

La liberación del antropomorfismo no implica despersonalización del poder dominador. Este se presenta como generador de enorme cantidad de energías y por ello poseedor de una voluntad de potencia infinita, coordinador de esfuerzos y resultados y, por consiguiente, de una inteligencia igualmente infinita; que realiza la coordinación con criterios estéticos, emotivos, inalcanzables y, por tanto, de infinito sentimiento.

Toda la afectividad del hombre es susceptible de enfermar y también la religiosa. Pero la enfermedad no es regla, sino excepción.

Para poder estudiar al hombre real y no a un hombre imaginario, hay que estudiar también el sentimiento religioso. Y éste ha de ser estudiado, no en sus depravaciones, sino en las manifestaciones auténticas. Aquéllas en las que él se mantiene en adherencia y coherencia con sus orígenes psicológicos más profundos.

Funcionalidad humana del sentimiento religioso.

El estudio del sentimiento religioso lleva consigo, además, una investigación profunda en el campo de la funcionalidad. La profundización, a su vez, implica un examen sobre el sentido de la existencia humana y sobre su destino.

Es evidente que el hombre es un instrumento de la realidad en la que desarrolla una función. Este hecho lo encontramos por doquier: el secretario de la ONU es un órgano que cumple funciones; el ujier de un palacio lo mismo. Por tanto, también el hombre, como ser más caracterizado de la creación, ha de desarrollar sus funciones en un determinado marco de la misma.

Un ser y un órgano no pueden ser comprendidos sino se comprende la función que ejercen. Las funciones, a su vez, se comprenden tanto mejor cuanto más amplia e integral es la reflexión que se realiza sobre el campo de la realidad en el cual el ser u órgano

ejercen sus funciones. No podría decir que comprendo una manifestación del Presidente de la república italiana si la refiero a sola la ciudad de Roma, ignorando las relaciones que él tiene con el resto de la nación y con el mundo entero.

Bajo los pies del hombre está la enorme habitación de nuestro planeta. Son innumerables los planetas existentes en torno a los millares de soles de las diversas galaxias. De aquí se desprende la necesidad de hacer entrar en el campo de la reflexión la creación con su inconmensurable extensión y de preguntar, sobre todo, si es posible formarse un concepto de la finalidad de la creación.

Todas las ciencias convienen en que no hay realidad material ni fenómenos materiales sin una causa existente con anterioridad. El psiquismo inteligente, es decir, la vida inteligente es la única que obra movida por la visión del futuro; es la única capaz de crear y disponer de la materia fuera de la serie de causas concadenadas, insertándose en ella o poniéndose al principio de la misma. Por consiguiente, sólo un psiquismo o vida inteligente, de potencia inconmensurable, puede ser causa de la creación.

Pero todo objeto inanimado puede ser gozado. Sólo el ser vivo es capaz de gozar. Los cadáveres no pueden gozar de nada, como se ve en las momias de los faraones rodeados de muchos y apetitosos manjares. Donde hay vida más intensa allí hay más capacidad de gozar. El psiquismo infinito tiene una infinita capacidad de gozar. Sólo un psiquismo infinito puede ser el destinatario de la creación entera.

Para ser destinatario que goza conscientemente de una cosa, se necesita poder partir de una condición de no-gozo y no-posesión, para transformarla en condición de posesión y gozo, mediante el descubrimiento gradual y progresivo, con regusto y saboreo siempre más intenso, de toda su valía.

El psiquismo infinito está en situación de ser productor y, por consiguiente, perfecto conocedor de antemano, de la creación. Para gozarla como destinatario debe individualizarse en un ser inteligente autónomo cognoscente, debe crear al hombre como un ser cognoscente autónomo, hecho a semejanza de su misma esencia.

Para conseguir la perfección de su vida el hombre debe tomar conciencia de esta su posición respecto a Dios y, al mismo tiempo, reconocer la distinción entre su yo y la personalidad divina, distinción comprobada por la limitación de la propia capacidad.

Tomada conciencia de este hecho, debe conformar con él la propia conducta y las relaciones con sus semejantes.

Este es el sentido de la existencia del hombre y éste es el sentimiento religioso verdadero y genuino, el que ofrece al hombre la

seguridad de la inmortalidad del yo, destinado a ser eternamente un ser-recuerdo de la individuación terrena del psiquismo infinito.

La psicología religiosa, así explicada como resultado científico y positivo de la psicología, tiene posibilidad de liberar al hombre de la inseguridad sobre su propio destino y de la sensación opresora del acabamiento del propio ser con la muerte física. Inseguridad y sensación que constituyen un fenómeno enfermizo y, por tanto, no correspondiente a la realidad del hombre.

El tiempo es una sucesión de instantes aún sin acontecimiento; del mismo modo que el espacio es un tejido de dimensiones ocupables físicamente, aún cuando no hubiera absolutamente nada.

Estos son hechos tomados del ambiente y al mismo tiempo psicológicos. El psiquismo humano está fundamentalmente condicionado por la imposibilidad de que haya un punto en el cual comienza la sucesión de instantes y un punto en que termina; y por la imposibilidad de que se dé un límite en que termine el espacio (con una pared?... y más allá?... de nuevo espacio?... y en tal caso?..).

El psicólogo que estudia la influencia del ambiente y del tiempo sobre la persona humana, no puede encontrar justificación para eximirse de estudiar estas influencias que lo impregnan. Y estos razonamientos no son otra cosa que exposición sistemática de hechos comprobados y por tanto la presentación legítima de una importantísima realidad psicológica humana, que debe ser considerada como insustituible bagaje doctrinal del psicólogo.

Si las doctrinas cuya síntesis ofrecemos, han surgido de la investigación y han sido desarrolladas por un Instituto que no tiene la calificación pública de católico, con mayor motivo y con mayor riqueza de datos, deberían ya hace tiempo haber sido estructuradas por la Universidad Católica de Milán.

El recto recurso al psicoanálisis y la experimentabilidad del sentimiento religioso.

Pongamos en seguida de relieve, con el debido interés, la aplicación por parte de Ancona de los criterios psicoanalíticos al estudio del sentimiento religioso.

Nuestro Instituto, estudiando la psicología de la escritura como producto del subconsciente y del inconsciente, obviamente ha recogido, con la debida adaptación, ciertos principios psicoanalíticos. Pero han sido rectificadas sus restricciones al campo orgánico y la interpretación estrechamente materialista, como también el reducir la finalidad de la vida del hombre a la satisfacción de los instintos. Esto tiene como consecuencia el que, en el freudismo, se recurra

a la sublimación no por el valor de la acción en sí misma, sino sólo para servirse de ella como repliegue, a fin de evitar la situación de remoción, represión, comprensión y diversas situaciones de conflicto y trauma psíquico.

Esto no disminuye, ciertamente, la estatura científica y los méritos de Freud. Sus interpretaciones, más o menos aludidas arriba, son dignas de ser consideradas en su objetividad —fuera de la intención del autor— como una vigorosa y algo desmesurada protesta contra los métodos educativos formalísticos, imperiosos e irracionales y, por tanto, provocadores de traumas. Tales métodos eran usuales en su tiempo y todavía algo en el nuestro.

Aunque la protesta de Freud fuese excesiva para tal propósito, sin embargo, logra el carácter de una advertencia previa; si bien ha provocado un eco insuficiente a causa de la inmadurez de los tiempos. Por otra parte, esa misma inmadurez hace que ciertos aspectos de la teoría sean criticables.

Volviendo al artículo de Ancona, no podemos menos de poner de relieve cómo tanto del contexto como de la bibliografía, resultan descuidadas ciertas garantías de adaptación que también, sobre todo después de las advertencias de Pío XII, deberían haberse tenido en cuenta por parte de un profesor de la Universidad Católica de Milán. Nuestro Instituto ya las había estudiado incluso antes de las advertencias del Papa.

No podemos tampoco suscribir la afirmación contenida en la conclusión, de que la dimensión religiosa no sea experimentable psicológicamente. Los métodos hasta ahora en curso en la psicología experimental son, por cierto, inadecuados. A menos de querer hacer el oficio de profeta, abdicando el oficio de investigador científico, no se puede excluir, en absoluto, la posibilidad de estructurar un método para comprobar las características comportamentales emotivas, afectivas, conscientes o subconscientes que nos permitan valorar las disposiciones psicológicas a la religiosidad.

Más aún, en nuestro Instituto, a base de experimentos realizados incluso en ambientes religiosos de seriedad y objetividad máxima, estamos en posesión de un método que, como se deduce de los resultados de las aplicaciones individuales, describe con abundancia de detalles la disposición a la religiosidad en cada uno de los sujetos sometidos a examen. Por tanto, la afirmación de que la dimensión religiosa no es psicológicamente experimentable, carece de valor científico. Primero porque se mete a profetizar sobre el desarrollo ulterior, progresivo, de la ciencia; pero, sobre todo, porque tal afirmación es fruto de una insuficiente información sobre la situación actual de la misma ciencia.

Prof. MARCO MARCHESAN,
Director del *Istituto di Indagini Psicologiche*,
de Milán. Presidente de la Sociedad Internacional de Psicología de la Escritura.